

Los trenes del corazón

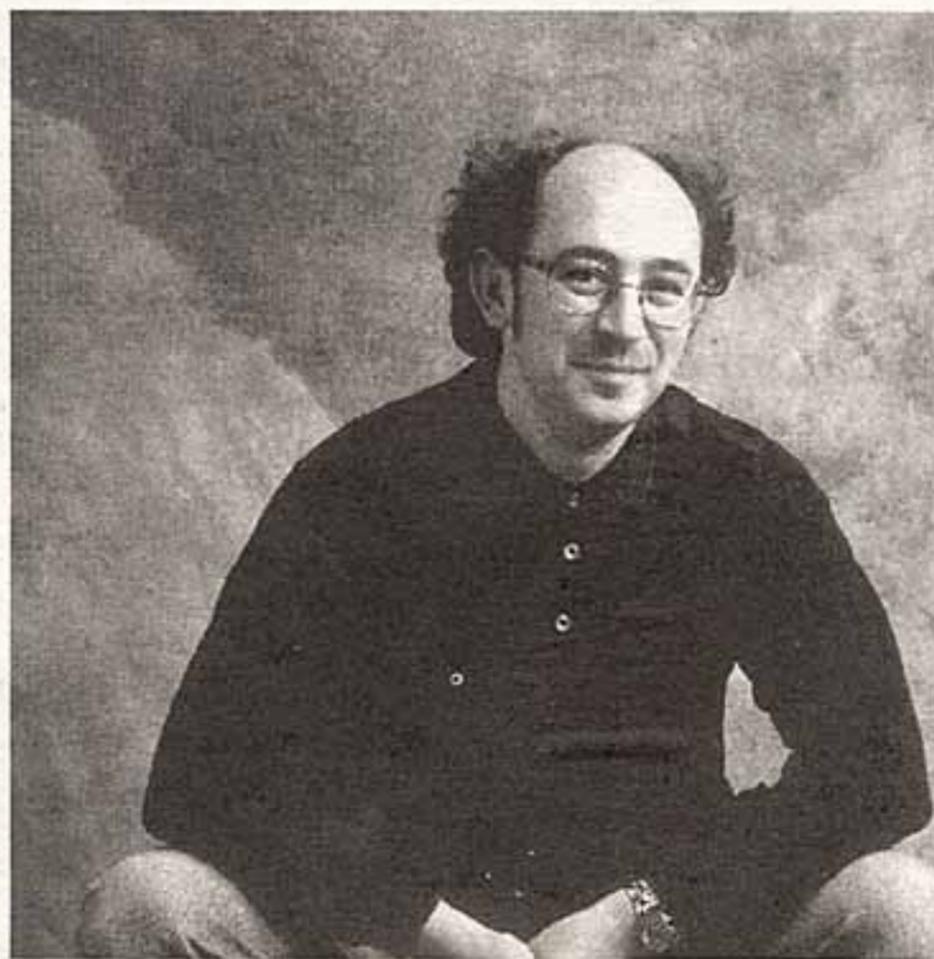
'Travesía', poemas de Adolfo García Ortega

Alejandro López Andrada

Nacido en Valladolid (1958), García Ortega es autor de una obra muy dilatada que abarca la prosa, la crítica literaria y la poesía. Como narrador, dio en su día títulos tan interesantes como, por ejemplo, "Mampaso" o "Los días rusos"; en su faceta de crítico literario ejerció su labor en diarios como "El País", "La Vanguardia" o "Diario 16". Como poeta —su faceta que más conocemos— reunió sus versos en "Fortuna" y "La ceniza del paraíso"; por último, también publicó "Habitaciones irreales", un libro de aforismos. De todas maneras, como hemos dicho anteriormente, lo que mejor conocemos de Adolfo García Ortega —desde hace años— es su pausada y honda labor de poeta; así en este libro que pasamos a comentar, "Travesía", nos sentimos llevados por un fabuloso itinerario en el que van surgiendo paisajes exóticos, animales rozados por una extraña melancolía, amantes dormidos entre los labios de la muerte, ciudades tendidas en el silencio de la lluvia (el poema "Edimburgo" es buena prueba de ello) y agridulces cartas escritas desde un hotel que tiemblan como pavesas en el corazón "ese árbol olvidado/ que tala furtivamente" (pág. 25) y hacen que el lector sienta trenes en su mirada, trenes oxidados que remueven la memoria y, al final del viaje, llenan los ojos de agua y luz: "Más lejano —dice el poeta— un tren corre.../. Eso al menos parece esa humareda que iguala/ su explosión de champán descorchado/ al contorno altivo de unas fábricas al fondo" (pág. 54).

Versos siempre llenos de hermosa plasticidad.

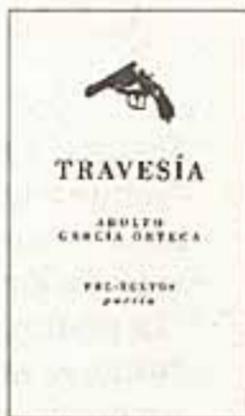
La poesía de Adolfo García Ortega, además de gozar de una riqueza metafórica que ilumina los sitios más lúgubres y recónditos, siempre va cargada de una fuerza simbolista (el poema "Cines", por ejemplo, es prueba de ello); a la vez, también, aparece la voz de la Naturaleza bien plasmada en esos poemas sorprendentes que el autor dedica, en un tono agridulce,



El escritor Adolfo García Ortega, autor de 'Travesía', un libro repleto de metáforas.

a los animales ("Las hienas", "El ciervo" y "El hipopótamo"), poemas rozados por esa extraña delicadeza, tan difícil y audaz, que poseen ciertos niños y algunos poetas tocados por la sencillez.

Pueblan, por otro lado, este hermoso poemario escenas de amor, versos emocionados pero, al mismo tiempo, serenos, contenidos, nunca desbordados por ese cargante romanticismo que torna en grotesco lo que sólo es emoción; en este sentido, algunos fragmentos de "Un hotel en Taormina" nos parecen, sencillamente, casi an-



'Travesía'. Autor: Adolfo García Ortega.
Editorial: Pre-textos.
Valencia, 2000.

tológicos por su cálido y misterioso simbolismo: "Mira allí, en este minuto, esa bahía/ que es una cabeza jubilosa a punto de ser cortada;/ mira esta ciudad donde la tierra es tinta/ para escribir, y el mar trae la idea de la huida" (pág. 62).

El poema citado, junto al titulado "Álbum de los canales", es quizá el más atractivo de este poemario lleno de buenas imágenes y de miradas que sobrepasan siempre el lugar común y están por encima de lo meramente anecdótico, de lo apollado, de los versos de café.

En los tiempos que corren tan dados a valorar la mala poesía de la "experiencia", cuando ciertos críticos —los san-

tones de este país— alaban libros ramplo-nes, sosos, miméticos, todos ellos de una tendencia dominante, encontrar los poemas de esta cálida "Travesía", sin duda ninguna, consuela y reconforta. Podemos decir que Adolfo García Ortega ha escrito un poemario de lúcida madurez, un libro de versos escrito con oficio pero al mismo tiempo asistido por el misterio por el milagro inaudito de la transparencia. Un poemario, este "Travesía", que es diferente, auténtico, original, y viene a mostrarnos lo que hemos dicho muchas veces: la verdadera poesía es la que estremece y no tiene que ver con las modas, es intemporal; brota siempre de ese rincón particular del que suelen partir los trenes del corazón, esos que llevan siempre la memoria en su blanca humareda hacia un horizonte añil. Esta "Travesía" nos lo viene a demostrar.